

La central de Manzanillo, apoyada en sus homólogas de Bayamo y Niquero, llevó el peso de la generación eléctrica, que estuvo entre los 34 y 37 Megawatts (MW) de entrega al microsistema, lo cual obliga a rotar por circuitos, en dependencia de la disponibilidad de energía a servir, pues bajo esas circunstancias era imposible llegar a todos al mismo tiempo.

En una caseta metálica, Roberto Jiménez González, técnico en Electrónica, monitorea en la pantalla los parámetros que los grupos electrógenos deben mantener durante la generación de energía eléctrica.

"Todo está bajo supervisión: la temperatura del líquido refrigerante, la presión del combustible y del aire, el voltaje... Cada parámetro tiene un límite máximo y mínimo con el que los grupos deben operar", explica.

"Si alguno de estos indicadores supera o no alcanza lo permitido, una alarma tanto sonora como visual nos alerta. En ese momento, desactivamos el motor y procedemos a realizar la revisión técnica correspondiente.

"Han sido días intensos; el microsistema presentó fallos en cuatro ocasiones, pero siempre logramos reactivarlo, lo que nos permitió suministrar energía a aproximadamente el 50 por ciento de las viviendas. Sin duda, el microsistema ha sido un alivio dentro de la contingencia energética", enfatiza Jiménez González.

Este es un trabajo sacrificado, que demanda no solo esfuerzo físico y mental y que se vive bajo presión. La tensión proviene no solo de los clientes que en ocasiones no reparan en que los "eléctricos" también carecen de servicio en sus hogares, de la propia familia, que es consciente de la incidencia de estos en el rápido restablecimiento del servicio.

Los operadores como Roberto, enfrentan largas jornadas que pueden extenderse más allá de los turnos programados, con poco margen para el descanso. A menudo, la preocupación por las dificultades técnicas y la inestabilidad del suministro les sigue, incluso, cuando regresan a casa. Las noches de insomnio son comunes, y el peso de la responsabilidad descansa sobre sus hombros.

#### SIN HORAS FIJAS

A pocos pasos, jóvenes de una de las seis brigadas de mantenimiento de Geysel se empeñan en recuperar con piezas recicladas las computadoras que controlan la parte eléctrica y rectoran los motores de las máquinas.

Días antes, habían sido movilizadas para asumir acciones de mantenimiento a los grupos, tanto preventivos como operativos.

"Debido a las horas de trabajo a que se han sometido las máquinas, hemos tenido que intervenirlas en varias ocasiones. Sabemos a qué hora salimos, pero no a la que regresamos. Ahorita las mujeres nos votan", dice en tono jocoso Lázaro Coquiere González, el jefe de brigada.

"Han sido jornadas intensas en las que hemos acabado de noche y de madrugada, hasta tanto no se resuelva la afectación; nos movemos lo mismo a municipios que a provincias", refiere Luis Ángel Jerez Viamonte, otro de los integrantes de la brigada, cuya opinión secunda José Francisco González Liens.

A medida que las horas pasan y la presión aumenta, el equipo se apoya mutuamente, creando un ambiente de camaradería en medio de la adversidad. Comparten risas, anécdotas y palabras de ánimo. Saben que cada pequeño avance cuenta, que cada luz encendida representa no solo un logro técnico, sino la esperanza de aquellos que confían en su labor.

#### PASO A PASO PARA QUE SE DÉ

El viernes 18, recién caído el SEN y tras levantar el microsistema, lo cual implica entre tres y cuatro horas, apenas se pudo dar dos horas de cobertura, cuando había circuitos que llevaban 17 y hasta 24 horas sin electricidad.

"El microsistema no estuvo exento de altibajos, una avería en el circuito de Desarrollo, en Bayamo, ocasionó su caída dos veces y hubo que volver a montarlo, misión



Jóvenes de la Brigada de mantenimiento de Geysel

que nos toma unas tres o cuatro horas para empezar a dar servicio y volver a rotar. Cuando esto sucede, aumentan las horas sin servicio, que se te disparan en 10 y hasta 20 horas de afectación", detalla Rodríguez Galán.

"Un microsistema aislado es muy vulnerable, y cualquier evento, por mínimo que sea, aumenta la demanda y lo puede hacer colapsar, y entonces hay que empezar todo.

"La población, en ocasiones, se queja porque se pone y a los 20 minutos se quita la corriente, pero debemos hacerlo para regular esa demanda y que no se caiga el sistema.

"A veces, uno cierra un circuito y vienen las cargas coincidentes, o sea, cuando todo el mundo se conecta al mismo tiempo, entonces el circuito, que normalmente llevaba tres Megawatts, se te dispara en seis, y tenemos que ser muy cuidadosos y observadores, para evitar que se nos dispare el sistema, por lo tanto, es inevitable retirar carga; y abrir y cerrar los circuitos buscando estabilidad.

El lunes 21, por ejemplo, se proporcionó servicio durante cuatro horas, seguido de siete horas de afectación. En tanto, a las 10:00 a.m. del martes 22, el microsistema permitía servir 60 circuitos de 113 existentes y unos 112 mil 443 clientes.

Mientras apreciábamos los números y la azarosa tarea de supervisar el microsistema por medio de guardias las 24 horas, los operadores del Despacho Provincial de Carga cruzaban dedos, para que Granma conectara este martes al SEN, tras la sincronización de Felton 1.

La sincronización constituía la opción más favorable para todos, no solo por la tranquilidad que ello revierte en la prestación y estabilidad de los servicios y hacia lo interno de cada hogar, sino porque, además, el combustible para alimentar el emplazamiento de Manzanillo, ya al límite, nos llevaría al punto cero, es decir, a desmontar el microsistema y a montar otros aislados, uno en la Costa y otro en la zona del Cauto, para dar servicio a los centros vitales. Ello, claramente, implicaría beneficiar a un menor porcentaje de la población.

#### GRANMA CONECTA AL SEN

Al cabo de cuatro días de la desconexión del SEN, el martes 22, sobre la 1:40 p.m., se hacía viral en la red social de la Empresa Eléctrica de Granma en Facebook la autorización para sincronizar con este.

Una vez que el Despacho nacional de carga dio referencia de voltaje para incorporarse al SEN, se procedió a desmontar, por partes, los microsistemas, a cerrar los lazos, las líneas de subtransmisión, a calentar las subestaciones, a cerrar circuitos, sacar generación y sincronizar a la red del SEN.

La operación resultó una afectación generalizada de aproximadamente dos horas en toda la provincia, un apagón que muchos aguardábamos con la esperanza de experimentar días de mayor suministro eléctrico.

Con la unión de Granma al sistema eléctrico centro-oriental, quedaron conformados en el país solo dos sistemas: occidental y centro-oriental, los cuales continuaron fortaleciéndose tras la entrada de nuevas unidades generadoras.

Felizmente, a las 02:44 p.m., de este martes, la Unión Eléctrica (UNE), perteneciente al Ministerio de Energía y Minas, informó la sincronización del SEN.

Cualquiera pensaría que, con este resultado, las aguas volverían a tomar su nivel en la central Diésel Bayamo, Manzanillo, Niquero y en el Despacho Provincial de Carga..., nada, las tensiones en el ambiente laboral no han disminuido.

Los ingenieros y operadores, fatigados por los días anteriores, siguen con el alma en vilo. Cada cifra en pantalla parece hablar un idioma propio, y al sonar el teléfono, la ansiedad se apodera de los presentes.

Mientras tanto, los ciudadanos fuera de la central continúan con sus vidas, ajenos a la vorágine tras las puertas de estas instalaciones, y a los esfuerzos sobrehumanos por contrarrestar las incidencias energéticas.



## Estampa del último sábado

Por LUIS CARLOS FRÓMETA AGÜERO  
lcfrometa@gmail.com

# ¡Si tiras, enganchas!

Los caballos son los que trabajan y los cocheros quienes reciben la propina

Daphne du Maurier

Hace muchísimos años, lejos de la ínsula de Barataria, vivía un caballero andante, de oficio cochero. Vestía siempre guayabera blanca, sombrero alón gris y, como amuleto, una cinta roja en la mano derecha, para absorber las malas vibras y atraer buena suerte.

Por desgracia, le acompañaba un agrio carácter y la frase que popularizó, entre los muchachos del barrio:

- ¡Si tiras, enganchas!- gritábamos cuando alguno de nosotros montaba ilegalmente en la parte trasera del carruaje, alertando al conductor del intruso pasajero al que lanzaba el fuate por encima de su hombro derecho, sin impactar jamás.

Aquel medio de transporte local no constituyó un elemento sociocultural de fuerza; sin embargo, la expresión infantil de referencia me viene hoy a la memoria con la frescura de entonces.

Es de mañana, también domingo de vacaciones. La joven Yunia toma de la mano a sus hijos Yuliet y Yanet para visitar a su abuela en las cercanías de la terminal ferroviaria de Bayamo. No lleva cesta como Caperucita, ni viste de rojo, pero en el corazón late el amor a su antecesora.

Muy cerca, el peculiar sonido anuncia la llegada de un coche al Parque del Amor, donde otros pasajeros esperan:

- ¡Al fin!- dijo un señor de lentes oscuros- Llevo más de una hora en espera y nada. Parece que la tierra se los ha tragado después de aprobarse el nuevo precio del pasaje. Algunos cocheros ven el asunto como un sustento económico y no como el símbolo que equilibra su labor con la felicidad del residente o de quien nos visita.

El coche detuvo la marcha y la ronca voz del conductor estremeció el escenario:

- Voy hasta el ferrocarril y pa' evitar chu chu chú, son 20 pesos por persona.

- Dejaron claro que eran 10 pesos por tramo - aclaró Yunia.

- Esos no montan en coche y apúrense, que ando apurao - dijo quien sujetaba el freno del animal con la mano derecha, en cuya articulación portaba varias cintas de color rojo.

- ¡El tipo anda artillao! - pensé- Con ese collar de cintas no hay medida que le entre.

- Vamos... ¡Montan o me voy!

Y sin otra alternativa, montamos.

- Del Parque del Amor al ferrocarril, y de regreso por la misma ruta, cobro 20 pesos y los pasajeros pagan sin chistar. Ustedes son la excepción.

Nadie respondió al comentario. El coche continuó su rumbo y el protagonista su negativo monólogo:

- Cada quien le pone el precio a las cosas y nadie se mete en eso: el saco de carbón cuesta más de mil pesos y lo compran, los turnos para la compra del gas están por encima de eso y lo pagan...

El discurso personal continuaba su intencionado rumbo hasta que un inspector, en plena vía, le indicó detener la marcha a escasos metros de nuestro destino final. Nos miramos y sin ponernos de acuerdo, bajamos con los 10 pesos en la mano.

El hombre de la manilla roja nos miró encolerizado y en tono de burla reclamó:

- Ustedes parece que vinieron de otro planeta.

No hubo respuesta. Cada quien tomó su camino, solo que, al pasar frente al inspector, le dije como en los tiempos de mi infancia:

- Si tiras, enganchas.

Tal vez no entendió la frase. Para mí el asunto quedaba claro.



Roberto Jiménez González